CAPÍTULO LVII

PERLAS Y CORALES

I

No todo fué vida y dulzura en los buenos tiempos de la colonia; no siempre reinó la equidad y la honradez en la larga serie de virreyes, que nos envió la metrópoli durante tres centurias; no todos fueron como los Mendoza y los Velasco, los Bucareli y los Revillagigedo.

Pasó aquella edad de oro de Nueva España que nos describe el P. Tello, diciéndonos que no " se vió hambre ni pobreza que incitase á nadie á pedir de puerta en puerta, sino que antes había abundancia de todas las cosas, así de las de España, como las de la tierra, ni faltó á ninguno de lo que para pasar la vida tenía necesidad, y no escasamente ; y jamás en muchos días y tiempo, hubo peste ni mortandad general después de las viruelas del negro de Narvaez, ni murió nadie derrepente; y por excelencia contaban en España los que iban de las indias, que carecían de tres cosas que no se habían visto en esta tierra, que eran hambre, pobreza y peste, ni se hallaban ni se cometían en aquel tiempo latrocinios, ni en los caminos y poblados había violencias, fuerzas ni otros agravios sino que dormían muchísimos á puerta abierta y en los caminos con seguridad, y se enviaba de unas partes á otras plata, oro, y otros haberes sin recelo de que se perdieran, y los jueces eran padres de todos y componedores de negocios intrincados y causas ofensivas: y en los virreyes había mucha llaneza y afabilidad con todos, y á ninguno que iba á pedir estancias ó tierras de labor, dejaron de dárselas, y ayuda para las poblar y avío para ello, y aun le rogaban con ello, como fuese

sin perjuicio; porque habiéndolo, no lo daban, por no hacer daño á los indios. "

Repetimos que esa época pasó, y cuando piensa uno en ella, y cuando lee las vejaciones que después se cometieron, el rigor y la sevicia con que fueron tratados los indígenas, la inseguridad que reinaba por todas partes: duda de la verdad de lo asentado por el buen padre; piensa si todo aquello no fué más que pura palabrería, ensueños poéticos á que se entregara el inteligente cronista; pero la lectura atenta de la historia hace cambiar de juicio, y para consuelo del que narra los sucesos coloniales, aparecen virreyes ilustres, verdaderos padres de los vencidos, probos en su conducta pública y privada, y acreedores sin disputa alguna, á que se les erija un monumento. No fué, sin embargo, de estos últimos el Sr. D. Miguel de la Grúa, Marqués de Branciforte, quien desembarcó en Veracruz el 15 de Junio de 1794 para encargarse del virreinato de Nueva España.

Pocos gobernantes fueron tan mal queridos como Branciforte. La crónica lo pinta rapaz, codicioso, tirano con los humildes y bajo con los poderosos.

El primer acto con que se dió á conocer, fué el haber solicitado de la Corte de España que no se le registrara su equipaje, pues introdujo de contrabando " una riquísima factura de géneros preciosos para venderlos por altos precios. "

Se dijo, en seguida, que había vendido la subdelegación de Villa Alta á un D. Felipe Ruiz de Conejares, y aunque no hay pruebas que lo testifiquen, sí fué un hecho que nombró apoderado á D. Francisco Pérez Soñanes, Conde de Contramina, para que en su casa se estableciese una almoneda, como se estableció, en la que los empleos " se pujaban y compraban como los huevos en el mercado. "

Se hizo además, odioso, por haber instigado á que en la residencia del insigne Revillagigedo, los regidores levantasen calumniosas acusaciones contra este preclaro gobernante; por haber perseguido mucho á los extranjeros, principalmente á los franceses, y por haber adulado al más infeliz de los monarcas, Carlos IV, levantándole una

estatua de madera que fué sustituída después por la de bronce.

No es nuestro ánimo hacer, ni la biografía, ni la historia de este Virrey, que sin duda alguna, no logró conquistarse las simpatías de sus gobernados.

El pueblo, de mil maneras demostró que no lo quería, no sólo en las conversaciones privadas, sino aun en caricaturas públicas que entonces circularon. " Cuando le vino el *toison* de oro, dice un historiador, pintaron á Branciforte con el collar puesto, pero en lugar del cordero con que termina este collar, le pusieron un *gato*, lo que le indignó altamente y aun ofreció un gran premio al que descubriese al autor de tan oportuna chuscada. "

Dícese, en fin, que cuando hablaba de los reyes, " se enternecía, hacía pucheritos, exhalaba suspiros y parecía entrar en tiernos deliquios, sobre todo cuando refería las piedades de sus benignas manos y católicos pechos; pero este terrón de amores supo voltearles casaca y reunirse al partido del rey José. "

Creemos inútil insistir más acerca del carácter de nuestro personaje. El odio que se conquistó, el contraste que forma su gobierno con el de su antecesor; el descarado *negocio* que hizo durante su administración, hasta llevar consigo á su regreso á España cinco millones de pesos, de los cuales dos le pertenecían, y la curiosa anécdota que vamos á referir, lo acentuarán del todo, y será una prueba más para que el lector diga con la mano en el corazón, si el pueblo de entonces tuvo motivos para censurar á Branciforte, como no había censurado á ninguno de los gobernantes que hasta allí habían ocupado el virreinato.

II

Branciforte estaba casado con Doña María Antonia Godoy, hermana del Príncipe de la Paz, de tan feliz memoria, y *más que válido* de Carlos IV.

Branciforte, como hombre de negocios, siempre meditó la manera de esquilmar *á sus súbditos*, y con tal de que le produjesen pingües ganancias los proyectos que se le ocurrían, echaba á un lado escrú-

pulos de conciencia, sofocaba remordimientos y no se detenía en los medios.

Cierta vez, encontrándose solo con la Virreina, le dijo lleno de gusto y brillándole los ojos de codicia :

— ¿ Sabes Mariquita que he pensado una cosa...?

— ¿ Qué?

— Que las buenas gentes de esta tierra, tienen talento, pero les falta inventiva; que son espléndidas en sus casas, en sus tertulias y en sus bailes; que gustan de vestir con elegancia y ostentar joyas á granel; pero que son incapaces de tener una idea original, una idea nueva. Son mansos corderos que se siguen unos á los otros : lo que hace una hacen todas.

— ¿ Y qué? volvió á preguntar la Virreina.

— Pues mira, se me ocurre esto : he podido observar que lo que tú te pones se ponen todas las mexicanas. Que del color de que te vistes ellas se visten. Sería bueno que en el próximo *sarao*, dejaras todas tus joyas, y llevaras solamente el aderezo de corales....

— ¡ No comprendo todavía....!

— Te lo diré en pocas palabras. Quiero que uses corales para que se olviden las perlas. Aquí sólo gustan de los corales las indias; mas los ricos y la nobleza poseen verdaderos tesoros en perlas. Ahora bien, por medio de mis agentes, una vez que pase la moda de las perlas, las podré comprar casi regaladas, y haré un negocio brillante si las remito á España. ¿ Me has entendido?

— ¡ Soberbio! — exclamó la Virreina — ¡ si lo que á tí se te ocurre....!

— ¡ Qué quieres Mariquita!

En el próximo *sarao* que en Palacio se verificó, la Excelentísima Señora Doña María Antonia Godoy, presentose graciosamente ataviada con un soberbio aderezo de corales. Estaba elegantísima, deslumbradora, y todos se hacían lenguas para elogiarla.

Las mexicanas parecían humilladas, á pesar de sus magníficos collares y pendientes de perlas. ¡ Imposible de competir la blancura de las últimas con el rojo de los corales! Además, estos hacían resaltar muchísimo la blanca tez de su Excelencia! Decididamente, para buen gusto las extranjeras. Cualquier cosa sabían lucirla. Por todas partes se escuchaban exclamaciones del tenor siguiente :

— ¡ Qué hermosa está la Virreina!

— ¡ Chulísima!

— ¡ Encantadora!

— ¡ Y yo que pensaba que sólo á las indias les caían bien los corales!

— ¡ Sin vacilar yo cambio mis perlas!

— ¡ Y yo las vendo!

Mientras estos diálogos se cruzaban entre los concurrentes, el Virrey, el dignísimo cuñado de D. Manuelito Godoy, alias Príncipe de la Paz, sonreía satisfecho, y con tono socarrón, aparentando disimulo, le decía al oído á su esposa :

— ¡ Mariquita!.... ¡ éxito colosal!

Cuentan las crónicas, que pocos días después de aquel *sarao*, el Excelentísimo Sr. Virrey, D. Miguel de la Grúa, Marqués de Branciforte, obsequió á sus amigos y á la elegante sociedad de México, con un espléndido *refrezco*, y que tanto en los trajes como en los tocados de las muchas damas que asistieron, no brilló una sola perla.

Branciforte pasó á España en 1798, rico, poderoso. Llevó consigo muchas perlas, y en cuanto á los corales que compraron las sencillas mexicanas, se cuenta que resultaron.... falsos![1]

1. Si en la forma hemos adoptado un estilo anecdótico para referir la presente tradición, podemos asegurar que es rigorosamente histórica en el fondo. Veáse el *Suplemento á los tres Siglos de México*, por Bustamante, tomo III, págs, 166 y siguientes.

Y aquí, aunque sólo en parte, se cumplió lo que en un pasquín se había dicho de Branciforte, aludiendo á " sus grandes pies y poc cabeza : "

A pie y *á caballo*
No hay quien te gane.

Y en efecto.... él les ganó á todos!

CAPÍTULO LVIII

LA ESTATUA DE CARLOS IV